

EDUCAR EN EL AMOR

REGINA GUTIÉRREZ PÉREZ

Universidad Pablo de Olavide

Recepción: 25 de abril de 2021 / Aceptación: 30 de mayo de 2021

Resumen: Incontables páginas se han escrito sobre el amor, como sobre otras cuestiones que han preocupado a los hombres a lo largo de todos los tiempos: Dios, la muerte, el tiempo, etc. No hay, sin embargo, demasiadas reflexiones en Occidente acerca de la historia del amor y el estado actual de la cuestión, aunque sí sobre el erotismo y el sexo. Por ello, dado el lugar preeminente que este sentimiento ocupa en nuestras vidas, presentamos en esta aportación unas reflexiones a la luz de los hallazgos de la antropóloga Helen Fisher. Sus estudios y su pensamiento, impregnado de hondo humanismo, son imprescindibles para conocer y avanzar en todo lo referente al amor. Si este es un impulso básico, un mecanismo de supervivencia, como ella demuestra científicamente, ¿deberíamos prestar más atención a sus bondades y a los efectos perjudiciales e incontrolados que a veces provoca? Sería deseable que la obra de Fisher se difundiera a través de textos divulgativos y sus aportaciones enriquecieran el currículo del sistema educativo para que nuestros jóvenes, y no tan jóvenes, supieran más sobre una cuestión que tanto les inquieta y que tantas preguntas suscita. Así, con un mayor conocimiento y concienciación se podrían enmendar conductas que son muy dañinas, como la violencia de género y el machismo. Urge una educación emocional auténtica; que nuestra sociedad se preocupe más de la persona y esté más atenta a esta necesidad vital del individuo con el fin de corregir las posibles desviaciones por conductas instintivas, mediante la educación y la reflexión en libertad.

Palabras clave: amor, Helen Fisher, educación, libertad.

Abstract: Countless pages have been written about love, as well as about other issues that have worried mankind throughout all time, such as God, death, time, etc.

[243]

AnMal, XLII, 2021, pp. 243-254.

However, there are not many reflections in the West about the history of love and the current state of the affair, although there are about eroticism and sex. For this reason, given the preeminent place that this feeling occupies in our lives, some reflections in light of the findings of the anthropologist Helen Fisher are presented in this contribution. Her studies and her thought, imbued with deep humanism, are essential to know and progress in everything related to love. If this is a basic drive, a survival mechanism, as she scientifically demonstrates, should we pay more attention to its benefits and the damaging and uncontrolled effects it sometimes causes? It would be desirable for Fisher's work to be disseminated through informative texts and her contributions to enrich the curriculum of the educational system so that our young people, and not so young, knew more about an issue that worries them so much and raises so many questions. Thus, with greater knowledge and awareness, behaviors that are very harmful, such as gender violence and male chauvinism, could be amended. An authentic emotional education is urgent; our society must care more about the person and must be more attentive to this vital need of the individual in order to correct possible deviations due to instinctive behaviors, through education and reflection on freedom.

Keywords: love, Helen Fisher, education, freedom.

El amor es la forma más divina de infinito y,
al mismo tiempo, sin duda porque es la más
divina, la más profundamente humana.

Juan Ramón Jiménez

1. Introducción

Incontables páginas se han escrito sobre el amor, como sobre otras cuestiones que han preocupado a los hombres a lo largo de todos los tiempos: Dios, la muerte, el tiempo, etc. Son muchos los que han plasmado las intensas emociones o las tribulaciones por las que han transitado, como depositarios o víctimas del sentimiento amoroso. Algunos estudiosos le han dado explicación con tratados y ensayos y han ilustrado a través de cartas y poemas la historia de uno de los quehaceres más íntimos del ser humano, que devora o da sentido a nuestra existencia.

No hay, sin embargo, demasiadas reflexiones en Occidente acerca de la historia del amor y el estado actual de la cuestión. Cabe destacar *El amor: de Platón a hoy*, de Álvarez Lacruz (2006), y algunas publicaciones de Melendo Granados *et al.* (2010a, 2010b, 2011, 2013), aunque siguen siendo insuficientes. Por ello, dado el lugar preeminente que este sentimiento ocupa en nuestras vidas, analizamos aquí la obra de Fisher, quien desde hace décadas concentra

en él sus afanes, fruto de los cuales son sus numerosos libros (cf. Bibliografía) y conferencias; declara su preocupación expresamente: «Hasta hace poco los científicos han dedicado poca atención a esta pasión» (Fisher, 2009). Por eso son tan oportunos sus escritos.

Porque, ¿hay acaso algo más penetrante en el ser humano que la conciencia del amor? ¿Algo que entre las bellas cosas sea más absorbente, atractivo, fascinante, paralizante, arrebataador y que cause más admiración entre los hombres? Como señala Hazm de Córdoba (1971), autor de las páginas de amor más hermosas de la literatura árabe-andaluza, probablemente sea este sentimiento, el amor, al que le corresponde este privilegio; por este anhelo se han desvivido los hombres a lo largo de los siglos.

El «enamoramamiento» es esa atención involuntaria hacia alguien que nos encanta por alguna cualidad excelente y que por la participación de nuestra voluntad se convierte en amor. De pronto, en un encuentro en el que seguramente intervengan muchas dosis de azar o el destino, todo gira en torno a esa persona y hace que nos sintamos más livianos. Castro de Zubiri, que conocía a Juan Ramón Jiménez desde joven, escribía en relación a su encuentro con Zenobia: «Desde que ella era su mujer, él era otra persona. Le había quitado Zenobia todo el peso pesado a su vivir» (2013: 48).

El amor es accidente para Dante, es un lazo mágico, un hechizo, esa fascinación que transfigura a los amantes («Me he convertido a tu cariño puro / como un ateo a Dios» (Jiménez, 2013: 44)), una aventura, la misteriosa inclinación hacia el otro, un delirio que enardece e inflama nuestros sentidos; es asimismo el *deseo de engendrar en la belleza*, según Platón; es misterio, es *appetito di bellezza* en expresión de Lorenzo de Médici. El impulso de amar es una *adicción natural*, según Fisher (2016), y esta atracción fatal, este sentimiento, es un rasgo humano universal, como también lo es la imagen o idea del amor que desde Occidente se ha extendido al mundo entero.

2. Reflexiones a la luz de los hallazgos de la antropóloga Fisher

Los estudios de Fisher y su pensamiento, impregnado de hondo humanismo, son imprescindibles para conocer y avanzar en todo lo referente al amor. Actualmente es la erudita más referenciada sobre este tema en la comunidad académica, conocida a nivel internacional y una figura eminente entre los profesores y antropólogos de su país, donde dirige el departamento de antropología de la Universidad de Rutgers (Nueva Jersey).

Quizás no haya en el hombre quehacer más profundamente humano que el amor. De esta manera lo ha sentido ella a lo largo de su carrera, entregada a

descifrar sus claves, y sus investigaciones así lo demuestran. En una entrevista concedida en 2004 al *Mundo* declara:

Siempre he considerado que el amor romántico es una de las más curiosas, excitantes y dolorosas experiencias del ser humano. Quise saber por qué la gente vive, canta y mata por amor, y muere para vivirlo. Intuía que tenía que ser algo profundamente imbricado en el cerebro humano (En Pita, 2004).

El estudio del amor, que estaba reservado desde tiempos remotos a poetas, artistas y literatos, ha sido sometido en los últimos tiempos a ensayos científicos y psicólogos. Fisher, que ha sabido sintetizar magistralmente investigaciones propias y ajenas, lo ha abordado desde diversas perspectivas: la etología, la biología, la antropología y la neurociencia, con hallazgos sorprendentes.

Es difícil no constatar en ajenos o reconocer en carne propia la universalidad de los estados por los que atraviesan los enamorados y casi todo lo que Fisher expone sobre los tres sistemas del cerebro que organizan nuestras vidas sociales y reproductivas en sus diferentes fases: el impulso sexual, el amor romántico y el apego. Los resultados obtenidos ponen de manifiesto lo que Fisher intuía ya en muchos casos. Gracias a ellos hoy conocemos mucho más sobre este sentimiento y las cuestiones colaterales a él asociadas. Es, por tanto, la comprobación empírica una de las aportaciones más valiosas de su obra.

2.1 La evolución del amor romántico

El nacimiento del amor romántico hunde sus raíces en nuestros más remotos antepasados. Asistimos entre sorprendidos y atentos al análisis, apasionado y brillante, que Fisher realiza en su libro *Why We Love: The Nature and Chemistry of Romantic Love* (2004). Hace un recorrido desde los primeros homínidos, cuando surge la capacidad humana para enamorarse perdidamente con el desarrollo del cerebro y el ingenio, hasta nuestros días. Junto a otros dones, aparece en el *homo habilis* una mínima capacidad verbal que se utiliza para distintos fines, entre ellos el cortejo, cuyos sonidos estimularon la evolución del lenguaje; la necesidad de buscar y elegir pareja dio lugar a los circuitos cerebrales del amor romántico. En este libro, analiza las razones por las que nos emparejamos, por las que somos monógamos o nos divorciamos, todo sustentado en una rigurosa base científica.

A pesar de que la visión del amor que aquí se nos ofrece es moderna, los hablantes siempre han sido conscientes de la base «material» o «carnal» de las emociones suscitadas por el impulso amoroso. Lo revelan el léxico y las metáforas universales utilizadas para designarlas (el amor es una fuerza física, el amor es magia, el amor es una enfermedad, el amor es locura, el amor es una

guerra, etc. (Lakoff, 1980: 7-8)). Como el idioma se revela tantas veces inútil para expresar los sentimientos llenos de contrastes suscitados por esta pasión, acudimos en nuestro auxilio al lenguaje figurado. De ahí la sofisticación que ha adquirido el lenguaje amoroso literario y cotidiano; este lo tenemos tan interiorizado que apenas somos conscientes de su base metafórica (Lakoff, 1980). No podía ser de otro modo para encerrar, en la palabra que huye, la idea, la catarata de emociones desencadenadas por esta locura. Así le ha urgido al hombre de todos los tiempos. Comprendemos, por tanto, la relación entre el cortejo y el desarrollo del lenguaje.

Las investigaciones de Fisher, siempre en continuo progreso, nos revelan nuestra impresionante arquitectura cerebral con sus diversas regiones, gracias a lo que podemos unir nuestro impulso de amar a un enorme repertorio de sentimientos. Cuando la más importante, el núcleo caudado humano, aumentó de tamaño en el *homo erectus*, es posible que se intensificara el deseo de buscar y conseguir a una persona amada. Y es aquí, con el desarrollo al unísono de las partes del cerebro y el nacimiento de los talentos de nuestro ingenio, donde los científicos sitúan el paso del magnetismo animal al amor romántico.

Finalmente, para conocer qué ocurre en nuestra psique cuando estamos enamorados, Fisher nos explica cómo los circuitos del amor romántico son caprichosos, porque así lo prefiere la naturaleza, ocasionando como consecuencia una tremenda confusión (adulterio, divorcio, celos, acoso, maltrato conyugal, homicidios, suicidios y depresiones clínicas asociadas con la pasión desdeñada). Quizá, nadie mejor que Lope de Vega (1992), en su famoso soneto «Desmayarse, atreverse, estar furioso...» haya descrito este desbarajuste de sentimientos con tan asombrosa profusión de elementos contradictorios, para terminar diciendo: «esto es amor, quien lo probó, lo sabe».

Esos circuitos caprichosos descritos por ella nos permiten comprender en parte lo que hoy ocurre en nuestras sociedades y nos plantea un primer interrogante: ¿Debemos trabajar más para canalizar ese inevitable desorden y corregir las desviaciones que se producen día a día ante nuestros ojos? Creemos que la tarea de lograr con ello una mayor felicidad lo merece.

2.2 Juegos que la gente juega

¿Cómo nos comportamos cuando prende la llama del amor? Fisher (2016) analiza las pautas universales del cortejo, uno de los aspectos más complejos de nuestro comportamiento. Para ello recurre a las investigaciones del etólogo alemán Irenäus-Eisbesfeldt. De su análisis surge un patrón universal del coqueteo, un ademán innato producto de siglos de evolución.

Así describe Jiménez (2013: 172) el mirar dulce de Zenobia que le hace tener una nueva visión del mundo: «Vámonos a la sombra, / que el mirar mismo tuyo, dulce y bueno / mirar de estrellas, / me duele, ¡Nuevo amor!» o bien

«Ojos, después de miraros / fijamente, / no veo ya más que estrellas» (Jiménez, 2013: 150). Para los neoplatónicos era la mirada una manera de aprehender el alma y lo que señalaba el comienzo del amor, porque los ojos son ventanas por donde el alma asoma, son sus delatores. Fisher piensa que es la acción estratégica más asombrosa del cortejo humano y quizás sean los ojos los órganos que desatan el romance.

Esa atención involuntaria hacia alguien que nos encanta por alguna cualidad excelente hace que todos deseemos lo mismo, ser correspondidos, la «mirada de vuelta». No por más conocidos son menos reveladores estos versos de Bécquer (1995): «Por una mirada, un mundo; / por una sonrisa, un cielo; / por un beso... yo no sé / que te diera por un beso». Buscamos el sentimiento recíproco, pero esta reciprocidad es un acto libre. En el amor auténtico el otro, objeto de nuestro amor, se convierte merced al acto de aceptación de nuestro amor en sujeto que ama libremente. No puede existir amor auténtico sin esa aceptación y acto voluntario.

Las investigaciones de antropólogos y biólogos demuestran que existe un repertorio humano estándar de gestos en el patrón general del cortejo que evolucionó para atraer a la pareja en varias etapas: llamar la atención, reconocimiento, las miradas [«hoy la he visto... la he visto y me ha mirado..., / ¡hoy creo en Dios!», escribía también Bécquer (1995)], la conversación, el tacto, la sincronía personal, junto a otros menos sutiles como la comida y el canto o la música, el último anzuelo del cortejo. De ellos, según Fisher, al menos la mirada, la sonrisa, el tacto gentil y la sincronía personal parecieran ser una parte integral del cortejo en todo el mundo. La infatuación puede comenzar en cualquiera de estos momentos.

2.3 ¿Por qué él? ¿Por qué ella? El impulso de amar y a quién elegimos

Fisher (2016), apoyándose en Tennov (1979), que identificó una constelación de características de «estar enamorado» (limerencia) como el pensamiento intrusivo y otros rasgos perturbadores, nos desvela más sobre el porqué de nuestra elección. Junto al sentido del olfato y otras características y gustos que probablemente sean innatos y remitan a razones biológicas, apunta al papel desempeñado por la química. Sus investigaciones mostraron cuatro sistemas del cerebro asociados con una constelación de rasgos de la personalidad: los sistemas de dopamina, serotonina, testosterona y estrógeno/oxitocina. Después de valorar resultados de cuestionarios, concluye que existen patrones en la naturaleza y patrones de personalidad. Explica cómo las personas expresivas en los rasgos vinculados con el sistema de la dopamina (exploradores) y con el de la serotonina (constructores) se sienten atraídas por otras como ellas, mientras las vinculadas con la testosterona (directores, la mayoría de los

hombres lo son) y con el estrógeno (negociadores, la mayoría son mujeres) suelen cautivar al contrario.

Deducimos que en el misterio de la elección de nuestro amor no somos completamente libres. Además, venimos condicionados por valores y preferencias de nuestra clase social, la experiencia o acontecimientos culturales, por el «mapa del amor», según Fisher, un mecanismo poderoso que hace que un ser humano fascine a otro. Un mapa mental desarrollado con anterioridad en nosotros nos suministra una lista inconsciente de las características que buscamos en nuestra pareja ideal, lo que los antropólogos llaman el «apareamiento selectivo positivo».

Pero al final decidimos con libertad aceptar nuestra fatalidad, embarcarnos en la aventura que se nos brinda. Por tanto, tenemos la obligación de luchar día a día por conservar esa libertad y actuar en el momento en el que seamos conscientes de que está siendo amenazada. Para ello necesitamos que la educación contribuya al conocimiento, porque solo este nos permitirá indagar en la persona objeto-sujeto de nuestra elección amorosa.

Otra gran aportación de Fisher ha sido comprender los circuitos mentales del amor reuniendo datos de la actividad mental de los enamorados en el área tegmental ventral (ATV), base que produce dopamina situada cerca de regiones primitivas del cerebro asociadas con la sed y el hambre. Los amantes se encuentran bajo los efectos de una droga natural. Todos, hombres y mujeres, sienten esta pasión en el mundo entero, es una adicción natural. Escribe Fisher (2016): «Me di cuenta de que el amor romántico es un impulso humano básico», «un mecanismo de supervivencia tan crucial como el deseo de agua», según Brown, compañera de escaneo de Fisher. La dopamina, junto con otros neuroquímicos, dirige cómo sientes mientras amas.

El ritmo de la infatuación humana puede ser parte del plan de la naturaleza, programado en nuestro cerebro gracias al tiempo, la evolución y los patrones antiguos de la vinculación afectiva humana. Es asombroso comprobar hasta qué punto el amor está condicionado por la biología y la química. La naturaleza desempeña un papel decisivo en la elección de la persona a la que amamos.

Si el amor es una necesidad básica, un mecanismo de supervivencia, como se demuestra aquí, ¿deberíamos prestar más atención a sus bondades y a los efectos perjudiciales e incontrolados que a veces provoca? Así, al igual que sabemos cómo determinados regímenes alimenticios nos hacen bien o nos ocasionan daño, estaríamos más atentos a los efectos beneficiosos del amor romántico o, en algunos casos, podríamos evitar los estragos por él ocasionados.

2.4 La tiranía del amor en la evolución del apego y las adicciones del amor

Esta pasión nos iguala a todos y marca de manera decisiva nuestra trayectoria vital. Pero lo que más placer y felicidad (y también, a menudo, sufrimiento)

nos proporciona, evoluciona de forma universal. Nuestras pasiones, como nosotros mismos, están sometidas al paso del tiempo que inexorable lo erosiona todo. La ilusión decae, el amor se quiebra y el rumbo de nuestros corazones muda de forma caprichosa si no se transforma en una amistad apasionada, ocasionando a veces un auténtico caos. Prueba de ello son los celos que se confunden con el amor verdadero, como se hace patente en Lope de Vega (1992): «Amar y no celar no fue cordura / porque tener un hombre amor sin celos, / más parece ignorancia que cordura».

Hemos desarrollado tres poderosos sistemas del cerebro para organizar nuestra vida social y reproductiva: el impulso sexual, relacionado en hombres y mujeres con la testosterona, el amor romántico, con el estimulante natural dopamina, quizás también con la norepinefrina y baja actividad de la serotonina, y el apego profundo, muy enraizado entre los mamíferos. Este último sucede a la euforia del romance temprano, relacionado con los neuropépticos, oxitocina y vasopresina, químicos del abrazo que se elevan durante el orgasmo. A través del tiempo nuestros precursores mamíferos nos transmitieron la química sanguínea del amor romántico, el apego, la inquietud durante las relaciones y el impulso de volver a amar. Todo esto lleva a Fisher junto a Brown a afirmar que este impulso es una adicción. Adicción positiva natural o bien negativa con dolor físico y mental, cuando los amantes son rechazados, como muestran los escaneos cerebrales, porque, en la mayoría de los casos, la realidad se impone, 'Ella' o 'Él' se ha ido y entonces la persona rechazada está conmocionada. Fisher nos da posibles razones para comprender por qué no todos manejamos el dolor y el deseo de la adicción al amor del mismo modo. Lo que vemos a menudo en los medios de comunicación es prueba de ello.

Como pensaban los hombres del Barroco, y lo muestran los versos de uno de los poemas más bellos de nuestra literatura, *Amor constante más allá de la muerte*, solo un amor que exceda a los sentidos, fundado en un amor puro, vencido por el alma, según el ideal neoplatónico, puede burlar los estragos del tiempo. El verdadero amor es el que quiere estar en continuo contacto con el ser amado, el que es capaz de dar eternidad a la materia: «Serán ceniza, mas tendrá sentido; / Polvo serán, mas polvo enamorado» (Quevedo, 1999).

Finalmente, después de haber constatado la universalidad del amor y su asociación con moléculas minúsculas que residen en terminaciones nerviosas del cerebro, la antropóloga concluye que el amor también es primitivo, un impulso que ha originado costumbres e instituciones y que ha ido evolucionando con la anatomía humana dando lugar a algunas tácticas fantásticas de cortejo.

Pero todos sabemos que la vida no se comprende sin amor. Amar es sufrir, pero también es vivir. Vivir sin amor no es vivir. Si no sentimos la herida de esta pasión, en cierto modo estamos muertos. Escribe Machado (1985):

En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día:
ya no siento el corazón.
(...)
Aguda espina dorada,
quién te pudiera sentir
en el corazón clavada.

3. Conclusiones

La obra de Fisher nos traslada de forma placentera e inteligible hechos científicos complejos. Escrita de una forma nítida, con un lenguaje preciso y una sorprendente expresividad, asombra por su riqueza en matices y por su plasticidad, sembrada con abundantes ejemplos ilustrativos. Todo su contenido está fundamentado en una rigurosa base científica que lo dota de una gran trascendencia.

Lectura, sin duda, de gran utilidad en los momentos actuales y que suscita numerosos interrogantes en el lector y a su vez responde a muchos otros. ¿Hasta qué punto somos un instrumento de la naturaleza? ¿Hasta qué punto estamos determinados? Por esta razón son tan importantes las aportaciones de sus estudios, que cumplen con un cometido imprescindible: aumentar el caudal del río de pensamiento sobre este delirio contribuyendo al conocimiento y al crecimiento de la deseada cultura sobre esta pasión, hoy del todo insuficiente y quizás más necesaria que nunca.

En nuestros días el amor está sufriendo cambios, en algunos casos desafortunados. Algunos están confundiendo amor con uno de los peligros que acompaña a este sentimiento, deseo de posesión, alimentado por otra de sus características, los celos, que socavan y devoran la relación amorosa, con consecuencias devastadoras en nuestra sociedad.

Si el amor, en expresión de Ortega y Gasset (2001), va acompañado de tres conceptos: vida, creación y conservación, si «es un estar vitalmente con el otro», si «amar es vivificación perenne, creación y conservación intencional de lo amado», ¿cómo podemos entender que los que dicen «amar» sigan un camino inverso, el camino de la muerte, la paradoja más absurda? Para estos

lo que llaman amor se puede identificar más con el odio, que es justamente lo contrario del amor, la anulación.

Rilke (en Marina, 2009) insiste en la misma idea de amar como creación. Pensaba que las exigencias de la empresa del amor exceden la medida de esta vida y que no poseemos una gran talla para cumplirla a no ser a fuerza de constancia y duro aprendizaje. Señala que al igual que los hombres han llegado a falsear la necesidad de comer con la indigencia o la excesiva abundancia, también han perturbado los actos sencillos y profundos por medio de los que se renueva la vida. Escribe en una carta de amor:

Las relaciones entre los seres humanos son tan difíciles que uno tendría que concentrar toda su atención en ellas, hacer de *creador*¹ a cada instante, pues cada instante pide algo nuevo, exige ciertas tareas, plantea problemas y crea necesidades (En Marina, 2009).

Volvámonos, pues, más creadores con Rilke y experimentemos nuevas prácticas en nuestra relación con el otro. Es necesario una educación emocional auténtica. Una educación que pueda enlazar con lo que Guattari (1990) denomina la ecología mental en el seno de la ecología social. A nadie se le escapa la deshumanización que sufrimos hoy en beneficio de la tecnología y el comercio, la crisis de valores, que azota a la sociedad contemporánea cada vez más mercantilizada y alejada de la naturaleza y que afecta de lleno a nuestra identidad como individuos. Esto, por ende, incide también en el amor, porque en nosotros está su fuente. La filosofía y otras disciplinas humanísticas tienen cada vez menos presencia en nuestro sistema educativo con repercusiones negativas para la formación de nuestro pensamiento crítico. Hoy solo se valora lo que puede medirse en clave económica y comercial. Sin embargo, debemos fomentar valores que nos hagan más solidarios. Se hace necesario, en opinión de Guattari (1990: 73):

La promoción de valores existenciales y valores de deseo [...] será el resultado de un desplazamiento generalizado de los actuales sistemas de valor y será debido a la aparición de nuevos polos de valorización.

Como es el amor una de las situaciones más propicias para penetrar en las profundidades del ser, y nada como amar a alguien nos permite conocerla mejor, podremos saber así lo acertado de nuestra elección o, por el contrario, vislumbrar la necesidad de renunciar a la persona que un día nos encantó. Por eso urge que nuestra sociedad se preocupe más de la persona, dedique mayor atención a esta necesidad vital del individuo, al amor cuya carencia hace que

¹ Cursivas añadidas.

nos sintamos los más desdichados de los hombres, y eduque para conocer las nefastas consecuencias que acarrea lo que no es realmente amor.

Sería deseable que los hallazgos de Fisher se difundieran a través de textos divulgativos y sus aportaciones enriquecieran el currículo del sistema educativo para que nuestros jóvenes, y no tan jóvenes, supieran más sobre una cuestión que tanto les inquieta y que tantas preguntas suscita. Así, con un mayor conocimiento y concienciación se podrían corregir conductas que son muy dañinas, como la violencia de género y el machismo.

Aquí se plantea el problema de la libre voluntad del ser humano y de la capacidad de marcar el rumbo de su vida con decisiones conscientes: no somos máquinas, marionetas, por tanto, podemos corregir las posibles desviaciones a los que nos llevan nuestros instintos mediante la educación y la reflexión en libertad. Sí, con educación sobre todo. Al respecto, escribe Savater (2004: 58):

No puede haber buen uso de la libertad sin educación, porque esta nos da el conocimiento que necesitamos para actuar en el mundo, el desarrollo de la imaginación para contrastar los diversos caminos en que vamos a buscar las alternativas de nuestra acción, y si se trata de educación moral o cívica, el tipo de apoyo o de fuerza para tomar las mejores decisiones.

Y no puede haber amor sin libertad. Debemos ser capaces de entender con Octavio Paz (2014: 43) que «el amor es una apuesta, insensata, por la libertad. No la mía, la ajena». Es esa libertad ajena la que tenemos que anteponer. Todo lo demás es otra cosa. Que los que dicen amar, a veces están queriendo decir odiar.

Ojalá esta *Lección de amor* que Fisher nos brinda generosamente contribuya a disminuir las zozobras que este impulso tan profundo provoca.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ LACRUZ, A. (2006): *El amor: de Platón a hoy*, Palabra, Madrid.
- BÉCQUER, G. A. (1995): *Rimas*, Cátedra, Madrid. Edición de R. Montesinos.
- FISHER, H. (1983): *The Sex Contract – the Evolution of Human Behavior*, Quill, New York.
- (1999): *The First Sex – the Natural Talents of Women and How They are Changing the World*, Random House, New York.
- (2004): *Why We Love: The Nature and Chemistry of Romantic Love*, Henry Holt, New York.
- (2009): *Why Him? Why Her?: Finding Real Love By Understanding Your Personality Type*, Henry Holt, New York.

- (2016): *Anatomy of Love: The Natural History of Mating, Marriage and Why We Stray*, W. W. Norton, New York.
- GUATTARI, F. (1990): *Las tres ecologías*, Pre-textos, Valencia.
- HAZM DE CÓRDOBA, I. (1971): *El collar de la paloma*, Alianza editorial, Madrid.
- JIMÉNEZ, J. R. (2013): *Idilios*, La Isla de Siltolá, Sevilla.
- LAKOFF, G. y M. JOHNSON (1980): *Metaphors We Live By*, Chicago University Press, Chicago.
- MACHADO, A. (1985): *Poesías completas*, Espasa Calpe, Madrid. Edición de M. Alvar.
- MARINA, J. A. (2009): *Palabras de amor*, Temas de hoy, Barcelona.
- MELENDO GRANADOS, T. (2010a): «La esencia del amor», en M. Ariza Serrano (ed.), *La familia importa y mucho*, Universidad de La Sabana, Bogotá, pp. 317-370.
- MELENDO GRANADOS, T. y E. PARGA (2013): *Ante todo, el amor: Sugerencias para la educación de los hijos*, Liguori Editions, Missouri.
- MELENDO GRANADOS, T. y G. MARTÍ (2010b): *Felicidad y fecundidad en el matrimonio: metafísica del amor conyugal*, Ediciones internacionales universitarias, Madrid.
- MELENDO GRANADOS, T. y L. MILLÁN-PUELLES (2011): *Asegurar el amor: Antes y durante todo el matrimonio*, Rialp, Madrid.
- ORTEGA Y GASSET, J. (2001): *Estudios sobre el amor*, Edaf, Madrid.
- PAZ, O. (2014): *La llama doble*, Seix Barral, Barcelona.
- PITA, E. (6 junio 2004): Entrevista a Helen Fisher. *El mundo, suplementos magazine*. En línea: <https://www.elmundo.es/magazine/2004/245/1086186650.html> [consulta: 16 abril 2021].
- QUEVEDO, F. (1999): *Obra poética*. Tomo I, Castalia, Madrid. Edición de J. M. Blecua Teijeiro.
- SAVATER, F. (2004): *La libertad como destino*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla.
- TENNOV, D. (1979): *Love and Limerence*, Scarborough House, Maryland.
- VEGA CARPIO, L. de (1992): *Poesía: antología*, S.L.U. Espasa libros, Madrid.